











B 840
CARTA DOR

DEL CONDE DE COMINGES

Á SU MADRE,

ESCRITA EN FRANCÉS

POR EL CÉLEBRE DORAT,

Y TRADUCIDA LIBREMENTE AL CASTELLANO.



4036

Vid pag 128

SEVILLA:

—
POR ARAGON Y COMPAÑÍA,

DONDE SE HALLARÁ DE VENTA.

1816.

CARTA

DEL CONDE DE COMINGES

A SU MADRE

¿Sed quid tentasse nocebit?
(Ovid. Metam. lib. 1.)

FOR EL CEBRERO DORAT

TRADUCIDA LIBREMENTE AL CASTELLANO



SEVILLA:

FOR ARAGON Y COMPANIA

LIBRER DE MALLAK DE VERVA

1810

EL CONDE DE COMINGES

A SU MADRE.

HEROIDA.



El mas triste de todos los mortales (1),
el mas abandonado y afligido
es quien te escribe de pesares lleno:
bien le conoceras... yo soy tu hijo.
Tu hijo... sí, Cominges, aquel Conde
que en otros tiempos tu consuelo ha sido.
El respira.... el alienta.... en las tinieblas
de un horroroso y lúgubre retiro;
vive junto á un sepulcro, que algun dia
guardará su cadáver yerto y frio....
¿Mas qué digo?... perdon... sí, ya te escuchas
ya me parece que oigo tus gemidos....
el dolor me consume.... el llanto corre
por mis mexillas... casi no respiro.
¡O madre mia! de mi amor objeto,
¡yo contigo feliz hubiera sido!
y ahora conturbo tus preciosos dias,
y con perpetuos males los aflijo.

4
Mas no importa, decírtelo yo quiero:
es fuerza el corazón, pues es preciso.
Todo está sordo y mudo en los desiertos;
el valle, el prado, el cristalino río,
todo descansa, y á mí mente nada
se ofrece lisongero ni atractivo.
Para mí no hay consuelo, no hay placeres;
solo pensar en tí y en tu cariño
es lo que ocupa mi angustiada mente,
y es el objeto de mi ansiar continuo.
Acuérdate, mi bien, de aquellos tiempos
felices á los días quando yo niño,
apoyándome estaba en tu regazo,
á tus caricias dando el incentivo,
á tus amores el fomento dando,
siendo el objeto á un tiempo y el testigo.
Pero ¡ay de mí! también á la memoria
fuerza es traigamos lo que ya el olvido
en el inmenso caos de la nada
tenía sepultado y sumergido.
¡Aquél día terrible en que mi padre
se armó contra mi amor!... ¡quántos delirios,
quántos errores y funestos males
de semejante rabia se han seguido!
Todo fueron pesares, todo quejas,
todo ruinas, y por fin delitos....
El bárbaro cuchillo, levantado,
rompió aquel nudo indisoluble y fijo....
nudo de que nacian mis contentos,
nudo en que yo cifraba mis cariños.

La obediencia á mi padre me contuvo,
la obediencia á mi padre me ha perdido (2)

Yo amaba tiernamente á una belleza,
á mi Adeylada, á aquel dueño querido...

Tú lo sabes, lo sabes; pues mil veces
de mi dulce anhelar fuiste testigo.

Sombra de mi Adelayda, eternamente
morarás en mi pecho enternecido:

tú me amabas también, yo lo sabía;
mas tu amor te condujo al precipicio.

Mi padre, enagenado, qual un tigre
que persigue y devora al corderillo,
sumergió á mi Adelayda, á mi Adelayda,
en los profundos senos del castillo. (3)

Yo, engañado, juzgando que su muerte
había sin remedio acaecido,

me arrojé despechado á la aventura,
resuelto á obedecer á mi destino.

La tierra fué mi lecho, mi sustento
las lágrimas, que tierno y afligido
por tantos meses y por tanto tiempo
llorando mis desgracias he vertido.

En las tortuosas vueltas del vallado,
en las colinas y en el bosque umbrío,
busqué siempre á mi amada presuroso,
sin poderla encontrar, destituido
aun del consuelo que el hermoso campo,
benéfico, á otros muchos ha ofrecido.

Yo vine presuroso á sepultarme
en esta soledad, cuyo retiro (4)

ofrece al desdichado algun consuelo,
(si hay para el desdichado algun alivio).
Mi estudio principal es mi sepulcro
disponer y arreglar junto á un aliso
y un fúnebre ciprés, que inspira en todos
la tristeza fatal: un sordo ruido
de tiernas avecillas, que gorgean,
hace mas horroroso aqueste sitio,
cercado de unas rocas empinadas,
cuyo fin no conozco ni diviso,
pues se oculta en las nubes tenebrosas
que cubren la mansion que yo destino
á mi cuerpo, que penas y desgracias
tienen ya enteramente consumido.
Elevados sepulcros silenciosos,
destinados al hombre arrepentido,
son los adornos de estas alamedas,
donde vivo muriendo de continuo.
Aquí exísto, por siempre abandonado,
en medio de peñascos y de riscos,
seco ya y descarnado con los males
de que continuamente estoy roído;
los ojos fixos en la fresca tierra,
y aunque jóven aun, desconocido.
La vista religiosa de los Monges
que habitan estos lóbregos retiros,
infunden compasion: ellos existen
martirizados por su gusto mismo.
Despreciando riquezas y fortunas
que ofrece el mundo (siendo un bien fugido)

viven lejos de Cortes tumultuosas,
y el silencio prefieren al bullicio.
Desprecian las pasiones humanas,
y las posponen al vivir tranquilo.
En el estrecho claustro de la Trapa
es donde encuentro el bien apetecido,
del gozo y la quietud, es donde encuentra
el descanso eternal el pecho mio;
y al lado de mi tumba es donde invoco
todos los dias el favor benigno
del supremo Hacedor, es do sus obras
continuamente en mi dolor admiro.
Y este considerar, que me enagema,
es quien distrae en tanto mis sentidos;
pues no hay obras mas gratas y preciosas
que las del Criador, á quien me rindo (5).
Otras veces pensando en mis primeros
y juveniles años.... condolido
considero mi amor, lloro angustiado,
y no sé qué he de hacer en tal conflicto.
Mis quejas á los ayres las entrego,
y á los obscuros bosques las confio.
Quántas veces, Dios mio, quántas veces,
oculto en lo interior de este retiro,
de una vana impostura á las lisonjas
mi corazon se ha visto seducido!
Mis ojos contemplaron el retrato
del dueño encantador, del dueño mio,
de aquella que su mano me ha entregado
en dias de placer y regocijo.

8
Este aspecto donoso y agraciado
mi brio y mi valor ha sostenido.
Su encantadora imagen retratada
está en mi corazón. Jamás su brillo
pudo borrarse de mi vista ansiosa;
antes crecieron más sus atractivos.
Aquella frente hermosa, donde siempre
tuvo la sencillez su grato asilo;
aquella boca, donde yo á menudo
una fugaz sonrisa he conocido;
aquellos ojos negros y veloces,
más que el rayo cien veces expresivos;
su cuerpo, su donayre, su gracejo,
todo, todo lo hallé siempre lo mismo.

Un día (este suceso á mi memoria
siempre estará presente, y siempre vivo)
yo observaba el retrato de mi amada,
y al contemplarlo estaba enardecido,
fuera casi de mí, y arrebatado
y todo mi cuidado embebecido.
De mis miradas rápidas al fuego
pareció se animaba el dueño mío,
y que se condolia de mis males,
pues yacía bastante entristecido.
El velo del dolor en sus encantos
con rapidez extrema se ha corrido....
Ella me habla, llora, se extremece....
no lo ocultes, mi bien, lo he conocido.
Mi alma enagenada esto decia,
aquesto me dictaba el pecho mío;

mas despues soségado lo contemplo, 12
lo torno á contemplar... observo... miro...
Todo es engaño. ¡O Dios! ¿hasta qué punto
llegó mi turbacion? A mis suspiros,
á mis quejas, estrépito y desorden,
á mis terribles voces y á mis gritos
vuelven la vista, en fin, los solitarios:
estos mortales siempre recogidos,
cuyas miradas nunca se fixaron
sin ser por grandes fuerzas impelidos.
Una mirada arrojan importuna,
quieren dexarme en mi dolor sumido,
mas me observan atentos, y comparan
su funesto dolor al dolor mio.
El mas jóven (su edad es quien le excusa)
se acercaba hácia mí: yo sus gemidos
noté mas de una vez, y recostado
junto á un ciprés le vi estar pensativo.
Su juventud, encantos y hermosura,
todo le distinguia, todo el brillo
de su beldad se veía claramente,
y el dolor no le habia oscurecido.
¿Alzaba yo los ojos? Pues los suyos
siempre se hallaban, siempre con los míos,
y quando separarlos intentaba,
no podia lograrlo, y el motivo
estaba oculto á mi angustiada pecho,
que sin duda lo hubiera conocido,
si no fuera que el tiempo, las desgracias
y el trage le tenían escondido.

Si al rayar grato de la bella aurora
 iba yo caminando al bosquecillo,
 ó á la alameda hermosa y dilatada,
 para cortar los tiernos arbolillos,
 y la robusta encina, áqueste jóven
 venia á trabajar siempre conmigo.
 Siempre fué compañero de mis males,
 y entre mis infortunios fiel amigo.
 Por todas partes su ligera planta
 me seguía veloz. Yo, distraído,
 una tarde mi tumba estaba abriendo
 junto á un lago espacioso y detenido.
 Mi alma sumergida en las ideas
 que presentaba sitio tan umbrío,
 alegre y embebida contemplaba
 el gustoso espirar del afligido.
 Mi mano, aunque temblando, inciertamente
 en la arena escribir pudo con signos,
 que bien se distinguan, aquel nombre
 de Adelayda, el amor de mis sentidos.
 Apenas casi señalado había
 este nombre fatal, quando un gemido,
 un gemido terrible lanzó el jóven
 que estaba trabajando allí conmigo.
 Pálido, tembloroso y asustado,
 sin poder casi hablar, descolorido
 corrió á apoyarse en los robustos robles
 que del profundo lago eran vecinos.
 Confuso y triste me miraba atento,
 me volvía á mirar, y en sus suspiros

de lo íntimo del pecho despidiendo,
vino á abtazarne; pero contenido
en sus deseos, huye y me abandona,
dexándome en mil dudas sumergido.
Sin duda él ama, y de los mismos daños
se vé cercado de que yo me miro.
El arde en fuego abrasador, qual ardo...
suspira por su amor, qual yo suspiro...
y desea el instante de su muerte,
el instante feliz y apetecido.
¡Sin duda de su amor se ha avergozando,
al contemplarse en tan fatal retiro!
¡Quánto le compadezco!... ¡quánta pena
hoy me ocasiona su cruel destino!
¿Y podré proseguir? ¡ó madre mia!
El dolor me devora... no prosigo.
Mas ¿qué tengo de hacer? apura el vaso
del veneno letal. Sí, ve á tu hijo
en los horrores de la negra noche,
viviendo siempre en medio del suplicio,
llorando siempre su cruel desgracia....
Sí, ve los juramentos y los ritos
de institucion tan santa y religiosa
por amor quebrantados, desmentidos...
en fin, un inhumano, que en su rabia
á un benéfico Dios tiene ofendido.

Corridos ya tres años, se encontraba
mi corazon un poco mas tranquilo,
y aunque angustiado siempre, sin embargo
comenzaba á cesar mi cruel martirio:

12
ya los males huían disipados,
y yo á mi Dios me daba convertido.
La muerte me cercaba, y yo sentía
que cada vez estaba mas vecino
á sus furoros; pero Dios queria
que yo muriésé, y á morir camino.
Juzgué que mi Adélayda mas dichosa
en los cielos estába... y poseído
de tal idea, los inciensos puros
de la virtud en mi alma ya he vertido.
Ya me postro ánte Dios, le ruego humilde,
y en fin, su santa gloria le suplico,
gloria donde fenézcan mis pesares,
gloria donde reviva el placer mio.
De aquéste modo, mi querida madre,
se va pasando el tiempo mas florido,
y las heladas canas substituyén
á aquella juventud que yo abomino.
La vejez, la vejez será mi apoyo;
ella me acerca hácia el sepulcro frio:
sepulcro hermoso... ¡Cielos!... ¡quán felices
vosotros que te habeis ya conseguido!
¡Mas que indican los ecos que resuenan
de la campana el lúgubre sonido...
¡aquél sonido que nos llama á todos,
y nos anuncia el postrimer suspiro!

Apresurado corro en el momento...!
Pero ¡ó sagrado Dios! ¡qué és lo que miro?
Un penitente triste y angustiado
en la blanca ceniza halló tendido.

13

Todas le rodeamos, y su siette
nos compadece, y llena de martirio...
me acerco... pero ¡ó Dios!... ¿será posible
un lance tan fatal? yo casi espiro...
El solitario era... sí, yo estuve
presente hasta su muerte... yo le he visto...
Y era... y era Adelayda; en mi presencia
su alma ligera y presurosa ha huido.
Me mira atenta y afectuosa entonces:
y así prorumpé en ecos afligidos:
„ Acercaos, venerables solitarios;
acercaos á mí ¡ó hermanos míos!
compadecedme y perdonadme á un tiempo;
pues me contemplo en sumo grado indigno
de morir en los brazos religiosos
de padres tan piadosos y benignos...
Yo soy... una muger, una infelice,
á quien cruel persigué el hado iniquo.
A este sitio sagrado y respetable
el amor me conduxo. El me ha traído
á vivir entre Monges tan amables,
entre unos Monges, que en el alma estimo.
Yo amaba tiernamente á un bello objeto,
y él me amaba tambien agradecido.
Vive, y entre vosotros se halla ahora:
su corazón se encuentra arrepentido,
y su temor anuncia, que él espera
del justiciero Dios duros castigos.
Su amor no es criminal... á nadie ofende...
Sí, lo juro; lo juro... mas ¿qué digo?

12
No lo extrañeis... jamás tan exaltados...
ni enardecidos fueron mis sentidos.
Cominges, llega á mí... sobre este lecho,
este lecho fatal nos reunimos.
El cielo quiere que al morir te vea,
el cielo quiere que por fin unidos
después de tantos años y plegarias,
juntos lloremos nuestro mal impio.
¿Me conoces, Cominges? ¿me conoces?
¿á aquella que te amó, quando el rocío
de la tranquilidad fué derramado
en un pecho tan fiel qual es el mio?
¡Ah! Tu padre... ya basta... no pretendo
recordártele aun: mas es preciso
que ántes que espere escuches mis pesares,
mis dolores funestos y delirios.
Seis años hace ya que estas mansiones
tenebrosas y lóbregas habito.
¡Juzga por tal acción hasta que extremo
ha podido llegar mi amor rendido!
En sitio tan sagrado y respetable
jamás mi corazón te dió al olvido;
ántes creció mi amor... pues te veía
presente ante mis ojos de continuo.
El respeto que infunde aqueste claustro
mil veces en mi amor me ha contenido,
mil veces me detuvo en mis intentos,
y ha frustrado mil veces mis designios.
Yo te hallaba adornado de mil gracias,
quando escuchaba atenta tus suspiros;

23
y las lágrimas dulces, el consuelo
en mi penar ansioso siempre han sido.
Mi retrato ¡retrato de amargura!
en tus manos también he sorprendido,
y me gozaba al contemplar tu afecto,
y que guardabas el cariño antiguo.
Jamás he deseado más placeres,
más contentos jamás he apetecido.
Tu frente sosegada manifiesta
los muchos males que por mí has sufrido.
¡Sola, y en un desierto?... Abandonada
á un fetiro feroz... donde mi oído
jamás pudo escuchar sonoros ecos,
si no horrorosos, tímidos gemidos...
¿Qué podía esperar?... Solo la muerte
de tanto padecer el fin que aspiro
podrá al presente ser... ¡Yo te veía!...
Mas tu vista de nada me ha servido;
antes la llaga del amor abierta...
cada vez más y más se ha endurecido.
Nunca hubo medicina que pudiese
cerrarla... nada, nada he conseguido.
¡O Dios santo! jamás de mi memoria
tu imagen se borró: ni el amor mío,
ni mis pesares ni congojas fieras
de mi imaginación te han distraído.
¿Y mi amor?... es culpable: arroja al punto
un rayo abrasador, que el estermínio
sca de esta muger... de aquesta ingrata...
que por amar á un hombre te ha ofendido.

El no fué criminal... las consecuencias,
 las consecuencias son... ¿pero qué digo?
 ¿Donde me arrastra mi pasión ardiente?...
 ¡Ay... querido Cominges!... ay bien mio!...
 Contempla tus errores, tus deslices,
 y llóralos aquí... que un Dios benigno
 castiga á los malvados que prosiguen
 encenagados en sus duros vicios;
 mas tambien da su gloria sacrosanta
 á aquellos que ya están arrepentidos.
 Mirame en tal estado sumergida,
 mira aquella beldad... ¡ó bien fingido!
 Todo lo lleva el tiempo y lo consume...
 Sí, Cominges; ¿lo ves? ¿me has conocido?
 Pues ahora tus errores, y dirige
 tu alma á Dios supremo, á quien me rindo.
 Contempla nuestro amor atentamente,
 vuélvete á contemplar... yo te lo pido:
 y mira mi hermosura y mis encantos
 en un frio cadáver convertidos."
 ¡O prodigio! ¡ó terror! ¡cara Adelaida!
 yo quedo largo tiempo enmudecido,
 sin fuerza, sin valor, junto á mi amada
 prosternado, y sin mí, descolorido...
 Pero á la luz horrible y tenebrosa
 de una lámpara lúgubre... la miro...
 ves la muerte errante por sus labios
 luchando con esfuerzo... ¡ah! que mi brío
 y mi antiguo valor todo fué inútil.
 Nada, nada á la muerte ha contenido.

27

Mas considera, ó madre mia, piensa
los funestos dolores de tu hijo,
quando su amada, pálida, espirante,
le tendia los brazos; conmovido,
¿quién podria las lágrimas tan dulces,
tan gratas contener? Yo no he podido...
mi corazon se ha visto desmayado...
me miraba Adelayda... y con gemidos
tímidos y terribles pronuaciaba
una vez y otra vez el nombre mio:
mas ella espiró ya, su alma divina
para siempre se huyó: ¿cómo resisto
tan bárbaros pesares?... Padre, padre,
tú fuiste mi verdugo. El mas impio
de todos los verdugos, el mas fiero
de quantos hombres en el mundo ha habido.

Caigo sobre este lecho de amargura:
allí Adelayda y yo nos reunimos;
y aquella gracia de mi fiel amante,
de mi Adelayda la beldad y el brillo,
su esplendor y sus gracias se disipan
qual del clavel el esplendor nativo,
que luego de Aquilon á los impulsos
huye ligero y quédase marchito.

Después vuelvo á mi amor, contemplo ansioso
de mi adorado bien los atractivos,
y á aquel cadáver lívido, insensible,
con tales voces dolorosas digo:
„ Respondeme, Adelayda, yo te llamo:
Cominges te ama aun: su zelo activo

jamás te olvidará... si éste discurso;
 si aquesta confesion, que enardecido
 hago á tus pies postrado, es suficiente
 para volverte al bien que tanto aspiro,
 sabe que yo te adoro tiernamente,
 y que será perpetuo mi cariño."

A estas palabras dulces, fugitivas
 de un corazon ardiente y compasivo,
 me parece se rie mi adorada,
 y al fin de tantos males ya respiro.
 Mas ¡ó vana esperanza! tú duraste
 un leve instante, qual el polvo fino,
 que vuela y desaparece á las contiendas
 del furioso uracan embravecido.

Todo, todo es en vano: ni mi oferta,
 ni mi ansioso anhelar, ni mis suspiros
 vuelven el alma bella encantadora
 á aquel cuerpo insensible, que el cuchillo
 de la bárbara muerte ha desmayado
 para siempre, y sin fin. Mas ni el destino,
 obstinado en seguirme; ni la muerte,
 ni el teson de mi padre enfurecido,
 ni el claustro de la Trapa, ni mis males
 podrán arrebatarme el regocijo
 que tengo yo al pensar que de Adelayda
 el alma, á su espirar, he recogido.

¿Te representas la espantosa noche
 de un suceso tan bárbaro, inaudito?
 ¿este lecho fatal, estas cenizas,
 esta lámpara lúgubre, el graznido

de aves nocturnas, que do quier sembrando
van el horror, las penas y martirios,
y que tienen los pechos venerables
de estos sagrados Monges compungidos?
Todo es verdad. ¿Pero de penas tantas
quál el origen es? ¿quál el motivo?
La bárbara violencia de mi padre...
preocupaciones de tan necio siglo (6)...
¿El honor, la igualdad... todo fué causa
de tales consecuencias!... Fementido
mundo, mundo engañoso, ¿de que sirven
el esplendor, las glorias, todo el brillo
de las suntuosas cortes, si no reynan
el verdadero amor y el fiel cariño?
¿De que servirá á esposos cortesanos
su nobleza, fortuna, y sus dominios,
si el esposo no estima tiernamente
á su esposa; si acaso reunidos
no están sus pensamientos, y viajan
por distintos senderos y caminos?
Si no se adoran fiel y tiernamente,
si al cariñoso amor no le han seguido,
¿quál su suerte será! ¿Podrán amantes
gozar de una pasión, el atractivo?
Nunca podrán gozarle... ¿Quién disfruta
de aquello que jamas ha conocido?
Todos los Monges tristes y angustiados
nos rodeaban, de dolor henchidos.
Sensibles á mis males derramaron
una lágrima dulce, un fiel suspiro,

y fueron conmovidos tiernamente
 estos pechos, que siempre empedernidos
 permanecen, negando su morada
 al placer, destinados al cilicio.

En fin ellos lloraron, y el supremo
 Hacedor, de mis males condolido,
 dexó por vez primera en este claustro
 respirar el amor.. sí, los sonidos
 del amor apacible retumbaron
 por la primera vez en estos sitios.

¡La esperanza, el amor, las dichas todas
 las encierra el sepulcro! Ha consumido
 la hermosura, las gracias, la belleza
 de mi Adelayda, de mi bien querido.

Pero ¡ó furiosa muerte! ¿quién tus pasos
 hacia el templo de amor ha dirigido?

¿Quién tu funesta y bárbara guadaña
 hacía mi bien supremo ha conducido?

¿Quién te pudo traer á estos albergues
 impenetrables, aun al viento mismo?

¿Quién te pudo mandar que arrebatases
 á mi Adelayda, que por siempre ha huido
 de entre mis brazos tiernos amorosos;
 que habitó por mi amor y mi cariño
 esta mansion horrible, por espacio
 de seis años penosos y seguidos?

De su retrato la beldad brillante
 en mis penas por fin me ha distraído,
 á mi anhelar ansioso fué presente,
 de mi amor fué tambien siempre testigo;

y al ver que fiel y amante aún la adoraba,
 sin poderme olvidar de su atractivo,
 lágrimas dulces de placer mezcladas
 por sus blancas mexillas han corrido.
 Ansiosa me seguía por doquiera:
 el ayre puro, el zéfiro tranquilo
 que respiraba mi constante pecho,
 respiraba Adelayda: ella ha vivido
 al lado de Cominges: ¡desgraciado!
 ¡como mi corazón no lo ha advertido!
 Si mi entender tal vez me lo insinüara,
 si acaso el alma me lo hubiera dicho,
 si acaso el dulce amor, el negro velo,
 que la ocultaba, hubiera descorrido,
 á Cominges al punto ante sus plantas,
 postrado y cariñoso hubiera visto,
 y tal vez mi pasión, tal vez mis ruegos
 hubieran ablandado su destino (7).
 Hasta el pie del altar á mi Adelayda
 lleno de amor hubiera conducido,
 y de nuestra oración los solitarios
 hubieran sido en nuestro ansiar testigos.
 El árbitro Supremo de los cielos
 hubiera á nuestro anhelo consentido,
 y en su sagrado y respetable templo
 dos amantes postrados y sumisos
 hubieran dirigido sus plegarias
 con fervoroso ardor hácia el empíreo.
 En fin, esta morada silenciosa
 hubiera á nuestro amor favorecido,

y de nuestro anhelar inagotable
la mansion deseada hubiera sido.
¡ Ah! ¡ de nuestro anhelar!... ¡ aquesa tumba
do reposa el cadáver corrompido,
es el único bien que me ha restado
en el orbe infeliz... pero al fin quiso
el supremo Hacedor, que aquellos pechos,
que en placeres y amor fuéron nacidos,
se juntáran... ¡ O Dios! aquella infancia,
crecida en medio del amor mas fino,
aquella juventud enamorada,
todo se disipó... y al fin, unidos
Adelayda y Cominges, retornáron
á su funesto amor.. Pero quejidos,
penas, furoros, dolorosos males
han sido el fruto de su fiel cariño.
Y aun quando Dios su diestra tenga armada
de un rayo abrasador, que hácia el abismo
dirija mis pisadas, yo no puedo
olvidarme del bien apetecido,
que eternamente morará en mi pecho.
Fué mi primer amor... no he conocido
mas cariño que el suyo, á sus finezas
debo estar para siempre agradecido.
Corro, y vuelvo á correr las alamedas
por do tus pasos siempre has dirigido;
y con lágrimas tiernas, fugitivas,
de mi ardoroso corazon sumido
en el grato pensar de tu belleza,
las riego, sí, las riego de continuo.

Contemplo tu sepulcro .. y aun me atrevo
 á pisar en el templo, en el divino,
 en el sagrado templo de estos Monges,
 aquel tan bello y agraciado sitio,
 do prosternada dirigir solias
 tus súplicas ardientes al emperio.
 Escribo el nombre de Adelayda, y luego
 vuelvo á borrarle. En fin, en mis delirios,
 en mi amor, en mis ruegos y oraciones
 siempre tu nombre sin cesar repito,
 por do quiera te ofrezco á mi vista,
 y por do quiera tus pisadas sigo.

Quando mis compañeros, fatigados
 de sus trabajos y cuidados pios,
 se entregan al descanso apetecible
 del sueño, sin de su cruel martirio,
 Cominges es el único que vela
 en tan obscuro y venerable asilo.
 Yo llamo á mi Adelayda, y el silencio
 de la noche interrumpo con mis gritos.
 Corro desahogado en la floresta:
 baxo hácia el valle ó hácia el bosque umbrío,
 y en una gruta, do las fieras viven,
 suelo ocultar tal vez el llanto mío.
 Mil fúnebres fantasmas me rodean
 por do quiera que voy, y el hondo río
 con susurro terrible me recuerda
 la muerte de Adelayda. Sumergido
 en las tinieblas de la horrible noche,
 hácia el sitio funesto me encamine

do el cadáver está de mi querida.
 Ella se alza, con sus ojos fixos
 en los años, tornada en horroroso
 esqueleto.... ni mi pecho empedernido
 no se estremece al verla en tal estado;
 ántes de un grande júbilo es herido.
 El espectro, ligero mas que el viento,
 corre á estrecharse en el sublime risco;
 y yo en las alas del amor llevado,
 vuelo á estrecharle en los brazos míos.
 Exánime, por fin, llego á alcanzarle,
 y quando mas gozosos mis sentidos
 piensan reunirse con mi amor, él huye,
 y en un vapor se queda convertido.
 Otras veces paréceme la veo
 mas brillante que el sol en sus dominios,
 llena del esplendor que la adornaba
 quando en los sossegados bosquecillos
 la tornaba á mirar, quando su vista
 para siempre de amor me hizo cautivo.

Ella me dice: „Aguarda, desdichado: (8)
 tu corazón se vea sometido
 al yugo mas servil. La muerte horrible,
 á quien todo mortal está rendido,
 es de la dicha y el placer mas puro
 el sendero apacible, el fiel camino.
 La mansion de las sombras disipadas
 es la mansion que para siempre habito,
 la morada do el hombre mas culpable
 halla en su desengaño su castigo.

Este Dios justiciero.. ¡quán temibles
 son sus arcanos y secretos juicios!
 Este Dios, del mortal dueño absoluto,
 poseedor de los rayos, tan temido
 en todo el universo por el hombre,
 es un Dios bienhechor y compasivo;
 un Dios, que quiere que el mortal tribute
 á su beneficencia amor debido.
 Así, amado Cominges, no receles,
 no temas sus furiosos vengativos;
 quien formó á los humanos pecadores,
 bien sabe perdonarles sus delitos.
 Yo imploro en tu favor, cortos instantes
 restan á tu vivir: así, querido,
 esfuerza tu valor y tu paciencia;
 sí, Cominges, reduce tu alvedrio,
 conságrale al supremo Omnipotente,
 pues ya las puertas del sepulcro fijo
 se abren ante tus pies, y en este día
 á unirte llegarás tal vez coningo.
 ¡O fútiles y vanas ilusiones!
 mi espíritu alterado, enardecido,
 en vano intenta someterse al yugo,
 á quien fué en otros días sometido.
 Adelayda... mi amor... ¡ah! ¡para siempre!
 me miro lejos de su amor sencillo.
 Yo en este claustro, de piedad morada,
 yacía lejos del tremendo ruido
 de Cortes tumultuosas, y adoraba
 á los pies del Altar, enternecido,

las obras magistrales del Supremo,
muestras patentes de un poder invicto.
Mas ¿por qué ha conducido á mi Adelayda
entre estos montes y sepulcros frios!
¿Por qué la ha presentado ante mi vista
exánime, espirante?... El pecho mio
quánto sufrió en ausencia tan penosa,
solo mi corazon puede decirlo.
Y al fin, la muerte en soledad tan triste
es la que vino para siempre á unirnos.
Yo no puedo olvidar sus horrorosas
y temibles miradas: no he podido
borrar de la memoria sus acentos,
en amor y ternura prorrumpidos.
Sus manos se estrechaban con las mías,
sus ojos fixos en los ojos míos,
mis palabras mezcladas con las suyas,
llenas del fuego abrasador y antiguo...
todo á mi imagen ardorosa resta.
Arbitro de mi vida, he padecido
bastante tu justicia... yo te adoro:
el escarmiento, en fin, ha sucedido
á aquella antigua llama: el desengaño
es para un pecho el mas feroz castigo.
Pero en fin, yo te ruego prosternado,
que en una misma tumba sean unidos
nuestros frios cadáveres... la muerte,
que con tanto deseo aguardo y pido,
será el placer primero que en la vida
mi afanoso anhelar ha conseguido.

27

Estos mis ruegos s6n; tal es mi anhelo
y en este venerable y negro asilo
la muerte es lo que pido eternamente:
en ella se detiene el dolor mio.
Y bien, padre... del ser que yo disfrute,
origen y poder, ¿te ha complacido
esta vida horrorosa y desgraciada
que tu hijo infeliz ha padecido?
¿O tal vez al oirla de su boca
tu corazon se siente conmovido?
Pues tu la causa fuiste... tu ex6crable
y temible furor ha repartido
la semilla de males tan penosos,
la semilla de males tan continos.
Tal vez tu pecho al contemplar mis da±os
se siente interiormente estremecido...
Mas ¿qu6 importa? á mi mal ya no hay consuelo,
y aunque odiarte debiera el pecho mio...
no puede... el ser le diste, y á tal gracia
debe estar para siempre agradecido.
Tu nombre solo me horroriza, y tiemblo,
Mis l6grimas veinte a±os han corrido,
llorando las angustias que tu rabia,
tu rabia insana y tu furor impio
sembraron en mi amor. ¡O madre mia!
cuéntale mis trabajos; su afligido
corazon es bastante á castigarle;
y los remordimientos del delito
vengarán los trabajos que en el mundo
por su horrible furor he padecido.

Llore, llore sin fin... así pudiera
 verle de un cruel pesar siempre seguido,
 y ante sus ojos presentar mis penas....
 Tal vez la compasion... tal vez los gritos
 de la feroz conciencia, convirtieran
 el leon fuerte en tierno corderillo.
 ¡Oxalá que pudiera presentarle
 este sepulcro y horroroso sitio!
 ¡Oxalá que estos quadros de amargura
 persigan su vejez! ¿Pero qué digo? (9)
 ¡Ah! no; no sea... y ántes en dulzuras
 su corazon se vea sumergido.
 El es mi padre... la existencia mia
 á él en este mundo la he debido.
 El no me amó jamás, pero yo le amo;
 y oxalá que despues de haber sufrido
 tormentos tantos y aflicciones tantas,
 sea del consolar dulce rocío,
 que á mi angustiada madre en sus trabajos
 envíe algun placer y regocijo.
 ¡O idea de dolor! ¡Ya ni el consuelo
 de poderla aliviar resta á mi arbitrio!
 ¡O madre mia!... ¡O Dios! la muerte fiera
 ya va rindiendo mi valor antiguo.
 La losa de la tumba se levanta...
 Adelayda es quien la abre... ya te sigo,
 amante desdichada... ¡quán gustoso
 es el tierno espirar del afligido!
 ¡y quán grata y amable le es la muerte
 despues de tantos males padecidos!

NOTAS DEL TRADUCTOR.

(1) El padre de Cominges mandó prender á éste quando supo su pasión hácia su prima, y le tuvo aprisionado hasta tanto que Adelayda se unió en lazo conyugal con el Marques de Benavides; lo qual, luego que lo supo el Conde, se retiró á la Trapa, para ocultar en ella su terrible pesar. De este furor de un padre, y empeño tenaz de querer conservar su auge y esplendor, haciendo infeliz á su hermano el Marques de Lusan y padre de Adelayda, proviniéron los continuos infortunios de esta familia. Luego que murió el Marques de Benavides, su esposa, buscando á su primer amante por todas partes, disfrazada de hombre, penetró hasta lo interior de la Trapa, y habiendo oido cantar á Cominges entre los demas Monjes, formó el proyecto de entrar en tan estrecha clausura; lo que logró: pero á la estrechez de las reglas de esta fundacion, debieron estos dos amantes en gran parte la conservacion de su virtud, pues segun dice el Abate Arnaud. en su Lorimon: „ estos Religiosos de la Trapa traen á la memoria uno de los sabios establecimientos de la antigüedad, que por una noble firmeza reu-

30
só adoptar en su seno al infame Neron. La Trapa es un asilo consolador abierto á los malvados, á quienes persiguen los remordimientos; al ménos hallan un dulcificante á la herida que les desgarrá. En este asilo tan necesario es donde se alberga el desgraciado criminal sensible al arrepentimiento, con la idea consoladora de un Dios que sabe perdonar. Un Abad de la Trapa me decia un dia: *nosotros no admitimos mas personas que las que están agitadas de remordimientos secretos, y así no tienen que buscar refugio entre nosotros aquellos contra quienes el grito de la conciencia no puede levantarse: los que nosotros queremos son los que atados y sujetos á la rueda de los remordimientos, necesitan de la Religion, la qual promete algun remedio á este mal interior que devora los corazones abiertos al arrepentimiento.* Lorim. tom. 2. p. 3, not. 16."

(2) La primera obligacion de los hijos es la obediencia á sus padres, pero esta no debe considerarse tan escrupulosa y rígidamente, que en ciertas ocasiones no se pueda y deba quebrantar, pues de lo contrario se siguen muy malas conseqüencias; bien se vé en Cominges y otros infinitos. ¡Oxalá que los exemplares no fueran tan repetidos y frecuentes!

31

(3) Aquí está viciada la verdad de la historia, pues á Adelayda no la prendió el padre de Cominges, ántes fué al contrario, segun se vió en la nota primera; pero Dorat, bien porque juzgase que así era mas apropósito para su idea, ó bien porque de este modo quisiera dar mas realce á su relacion, quebrantó la verdad histórica, y se valió de la regla de Horacio:

*Pictoribus atque Poetis
quidlibet audendi semper fuit æqua potestas.*

Además, es material lo uno ó lo otro para el objeto; pero yo no obstante lo advierto para evitar de este modo qualquiera réplica.

(4) Ciertamente que no hay remedio mas eficaz para el desdichado que la soledad: en ella corren sus lágrimas libremente, gime su corazón, y se encomienda al Criador, que le presenta su imágen y poder en la variada naturaleza. Allí el alma, enagenada con sus propias ideas, contempla su existencia, y á quien la debe: de aquí proviene, que el sitio solitario es el mas apto para desenvolver sus remordimientos el criminal. Claros y repetidos exeimplos: nos presenta el teatro del mundo; en el siglo las pasiones no se extinguen, ántes se aumentan en sumo grado; pues siendo el hombre mísero esclavo de ellas, se enreda mas y mas en sus lazos, quantas mas

ocasiones tiene en que enredarse; pero aún en la soledad, el hombre es mortal, es imperfecto: siempre está sujeto al yugo de la debilidad: bien se ve en Cominges y Adelayda, en Abelardo y Heloisa, en Mirabau y Sofia, y en otros infinitos: mas sin embargo, siempre conviene al delinqüente retirarse á un sitio donde mortificar sus pasiones, y oprimir sus deseos; pues en él hay ménos motivos de entregarse al vicio, y mas de darse á la virtud.

(;) ¡Quán gratas son al corazon del hombre las obras preciosas de su Criador! Todas las pasiones humanas son pospuestas al dulce contemplar de aquellas. He aquí á Cominges, que perseguido continuamente de la idea de su amor, sin embargo la separa de sí, y confiesa que no hay mayor placer que la consideracion de los infinitos dones que Dios regaló al hombre: ¡oxalá que siempre pudiésemos tener fixa nuestra atencion en ellos y sus perfecciones! ¡Sin duda que seriamos mas virtuosos y mejor inclinados! pues segun dice el Abate Sauri: „la Providencia Divina se extiende á todo, y no sucede nada sin que el Ser Supremo lo haya previsto. Las acciones mismas de los malvados concurren á los fines que se ha propuesto: todos los hombres caminan sin pensar al bien general. Dios hace salir el bien del seno del mal mismo, y si

permite éste mal es para un bien mayor. Así no hay nada fortuito ó casual, nada inútil con respecto al Criador y sus obras." Metaf. tom. 3. cap. 21.

(6) Hace alusion al pleyto que el padre de Cominges tuvo con su hermano el Marques de Lusan, quando éste quedó desposeido de sus haciendas. Si estos dos hermanos se hubieran amado fiel y tiernamente, y no intentaran arrancarse de entre las manos, por decirlo así; sus heredades, ellos hubieran sido felices, y sus descendientes tambien; en fin, Cominges hubiera sido el esposo de su adorada prima, y sus deseos se hubieran satisfecho; ¡exémplo doloroso para la sociedad! La nobleza, constituida en el mayor ú menor número de bienes, suele corromper á los corazones mas justos, y por ella se atropella el órden civil y político: no se respeta á la nacionidad, no se premia el mérito, y por último no se aman dos hermanos, se aborrecen, y por ella son desgraciados perpetuamente quebrantando las leyes que dictan la razon y la humanidad.

(7) En este discurso se ven las ideas en que necesariamente se sumerge un corazon amante quando ha perdido su bien: juzgarse con su Adelayda en el templo, ser su

esposo, dirigir juntos sus plegarias á Dios; y en fin, trata de fixar su morada en aquella soledad, pues piensa que allí estará libre de las persecuciones tiránicas de los hombres; mas despues vuelve en sí, contempla el sepulcro donde está el cadáver de su amada, y llora estremecido: permanece un breve rato en su suspension, y luego se acuerda de su infancia, de su cariño crecido con ella, de sus antiguas felicidades, y de sus presentes desgracias: enagenado un instante, se alegra en sumo grado de haberse reunido con el objeto de su pasión: mas todo este contento huye veloz, y ve que el único premio que ha conseguido es desconsuelo y amargura eterna. Aquí se nota palpablemente, que el Supremo Hacedor envia sus divinos auxilios á los corazones virtuosos para que se mantengan en su virtud; aquí se observa cómo un pecho religioso vence los ímpetus mas violentos de una pasión, y se entrega al Omnipotente, dueño absoluto y árbitro invicto de nuestras vidas é intenciones; muchos de éstos exemplos eran necesarios para destruir en cierto modo la corrupción de nuestro siglo, y plantificar la religión, bastante extinguida entre la perversa y malvada juventud que abunda.

(8) Cominges volvía á sus desvarios, y no estaba ocupado de otra idea que la de su

31

amor que ya tocaba en las orillas del crimen, pues se olvidaba de la salud de su alma, por pensar en los placeres de su cuerpo: ya en fin el genio malhechor, el espíritu maligno iba á rendir su corazón, quando por medio de la influencia divina, la que era motivo de sus delirios, viene á ser la estrella que le guíe por la senda del conocimiento, la que viene á arrancar, enteramente las raíces de una inclinacion criminal para substituir las de la caridad y bienaventuranza. ¡O hermosa Religion! ¡quán apacible y grato es tu posesion! ¡quán grande el gozo de disfrutarte completamente!

(9) Fuera de sí, y arrebatado de cólera maldecia la existencia de su padre, le deseaba daños perpetuos é infelicidades continuas, al paso que á su madre la compadecia y lloraba sus males; pero su hora es llegada, la tumba se abre, y su corazón descubre el velo de la traicion, quedando á la vista la hermosa virtud. Contempla sus delitos, se desdice de todas las pasadas blasfemias, se convierte á su Dios, y espira llevando el consuelo de no poder aliviar á sus ancianos padres. ¡Qué preciosa pintura para los jóvenes corrompidos y delinquentes, cuya existencia no es mas que una serie de feroces crímenes, y terribles consecuencias de estos!

